

Prof. Dr. Jacinto Convit

Alexandro Bonifaz

Mayo 2014

Con profunda tristeza nos enteramos del reciente deceso del Dr. Jacinto Convit, uno de esos personajes que tienen un lugar de nacimiento y trabajo, pero que por su obra y transcendencia simplemente se hacen universales. Con sus casi 101 años, nos dejó una enorme enseñanza y labor incomparable.

Para ser más precisos, los editores de *Dermatología Revista Mexicana* decidimos ponernos en contacto con *Piel-Latinoamericana* (Piel-L), revista hermana, para tomar parte de sus múltiples reconocimientos al Maestro Convit.

Nuestro agradecimiento a los editores de Piel-L, los doctores Jaime Piquero, Rolando Hernández-Pérez, Félix Tapia y Antonio Rondón-Lugo, así como a nuestro amigo Ricardo Pérez-Alfonzo, por su ayuda.

Hemos decidido reproducir, tal cual fue publicada, la semblanza escrita por el Dr. Francisco Kerdel-Vegas, justo y a propósito de los 100 años del Dr. Jacinto Convit.



Figura 1. El Maestro Convit examinando a un paciente (cortesía del Dr. Ricardo Pérez-Alfonzo).

Semblanza del Dr. Jacinto Convit

Francisco Kerdel-Vegas

La revista “*Todo lo que usted debe saber Sobre*”, del Grupo Editorial Macpecri y su Redactora/Coordinadora, Maribel Espinoza, me han invitado a escribir sobre mi distinguido y admirado colega, amigo y maestro, Dr. Jacinto Convit, lo que me brinda una oportunidad para unirme a la celebración de sus 100 años y rendirle el homenaje que se merece.

Cumplir cien años es de por sí una proeza y si son dedicados con persistencia y disciplina, como en el caso del Dr. Convit, a la mejor salud y bienestar de los seres humanos, quien así se comporta se convierte en un verdadero benefactor de la humanidad. Ya es hora que el gran público así lo reconozca y se aperciba de que un gran país lo construyen hombres y mujeres con esa vocación indeclinable.

Cuando regresé de hacer mis estudios de postgrado en dermatología en los Estados Unidos (un año en Boston en el Massachusetts General Hospital/Universidad de Harvard y dos años en Nueva York en el Skin & Cancer Unit/New York University) en septiembre de 1954, por mi definida inclinación por la docencia y la investigación, de inmediato intenté ingresar a la Cátedra de Clínica Dermatológica y Sifilográfica de la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Venezuela que funcionaba en el Hospital Vargas de Caracas.

El Profesor Titular y Jefe de la Cátedra, Dr. Carlos Julio Alarcón, formado como dermatólogo en el famoso Hospital San Luis de París, había sido anteriormente el “segundo de abordo” cuando mi

tío materno, Dr. Martín Vegas se desempeñaba como Jefe de esa Cátedra (y Decano de la Facultad de Medicina) y sin duda por ese motivo me trató muy amablemente y me abrió una rendija de la puerta, al manifestarme que aunque no había cargos vacantes ni en la Cátedra, ni en el Servicio de Dermatología del Hospital Vargas, podía asistir regularmente y trabajar allí, si así lo deseaba, como una especie de Asistente “*ad honorem*”. No lo dudé ni un momento, me incorporé de inmediato al trabajo asistencial y docente del Servicio y a desarrollar mi propia línea de investigación clínica centrada en la dermatología tropical y ví premiada mi dedicación y persistencia muchos meses más tarde en que fuí nombrado Instructor de la Cátedra.

En ese entonces el Servicio de Dermatología disponía de una Sala de Hombres y otra de Mujeres (con 40 camas cada una), Consulta Externa y dos pequeños laboratorios, de Micología (a cargo del Dr. Dante Borelli) y de dermatopatología (a cargo del Dr. Jacinto Convit).

Todos los compañeros del Hospital Vargas eran dermatólogos bien formados y la jerarquía en la Cátedra y Servicio se determinaba exclusivamente por la antigüedad, criterio objetivo pero insuficiente a todas luces, ya que carece de incentivos, para determinar el rendimiento, dedicación y productividad del personal. En pocos meses me dí perfecta cuenta de que la persona del grupo más comprometida con el avance de la especialidad y por tanto con la investigación era el doctor Jacinto Convit. Tal vez circunstancias especiales de vivencias compartidas, ambos fuimos alumnos en primaria del Instituto San Pablo de los hermanos Martínez Centeno, en secundaria del Liceo Andrés Bello y estudiamos medicina en la Universidad Central de Venezuela, iniciándonos en la dermatología con las enseñanzas del Dr. Martín Vegas. Por ello cuando llegó el momento de mudar la Cátedra al nuevo, moderno y bien equipado Hospital de la Ciudad

Universitaria, situado en el propio campus de la Universidad Central de Venezuela, y surgió la posibilidad de que una nueva escuela de medicina paralela se estableciese en el Hospital Vargas, no dudé ni por un momento de formar cuerpo con el doctor Convit y quedarme con él en el vestusto nosocomio, compartiendo un ambicioso plan de transformación de la enseñanza e investigación en la especialidad dermatológica, que era para nosotros –en ese entonces– una especie de sueño casi irrealizable pero obsesionante.

Algún tiempo después, al producirse la mudanza del viejo Hospital de Niños J. M. de los Ríos (al lado del Hospital Vargas), a su nueva sede en San Bernardino, nuestro Departamento de Dermatología del Hospital Vargas obtuvo nuevos espacios en el viejo edificio para disponer de un amplio salón de clases, y locales para la consulta externa y para los laboratorios de investigación. En ese salón empezamos a realizar seminarios de uno y dos días de duración, invitando a reconocidos personajes de la dermatología internacional. Todo ello financiado con modestas sumas de matrículas recabadas entre los dermatólogos asistentes y contribuciones del sector privado a través de una institución creada para tal efecto.

Movilizamos, con éxito, nuestros antiguos profesores y amigos en los Estados Unidos, que nos ayudaron a diseñar los laboratorios de investigación y la adquisición de los equipos. Todo ello fue posible gracias a una donación inicial y sin precedentes en Venezuela, de cien mil dólares que obtuvimos de los institutos Nacionales de Salud de los Estados Unidos para investigación de diversas enfermedades de la piel, consideradas como “tropicales” por su prevalencia en nuestra zona geográfica, tales como la lepra, leishmaniasis, oncocercosis, buba, carate, rinোসcleroma, y varias enfermedades por hongos.

En poco tiempo la percepción en nuestro medio académico de que la dermatología era una

especialidad de la medicina con numerosísimas enfermedades crónicas, difíciles de tratar (con una muy compleja nomenclatura), pero de baja mortalidad, cuya jerarquía era bastante secundaria, fue efuminándose, dando lugar a otra, diametralmente opuesta, de respeto y hasta admiración, con una vocación por la investigación y con logros sustanciales en la eterna lucha por el control y cura de las enfermedades de la piel.

El espaldarazo final a este mantenido esfuerzo lo obtuvimos cuando el organismo regulador de la formación de especialistas en Estados Unidos, el "American Board of Dermatology", reconoció al Hospital Vargas de Caracas (junto al St. John's Hospital de Londres) como las dos únicas instituciones extranjeras calificadas para entrenar por un año (de los tres años requeridos) como Residentes a los aspirantes a tomar los exámenes del "Board". Ello permitió que de inmediato pudiésemos entrenar Residentes norteamericanos en el Vargas, y dió lugar a una consiguiente reciprocidad que permitió enviar jóvenes dermatólogos venezolanos a los más prestigiosos hospitales de los Estados Unidos, muy especialmente se cultivaron esas relaciones con la Universidad de Stanford en California y la Universidad de Miami en Florida.

Durante casi un cuarto de siglo que trabajé a diario con el Dr. Jacinto Convit, puedo dar fe de su devoción por la medicina, su bondad y despredimiento. Sus hábitos y costumbres mori-

gerados, casi espartanos, me recordaban siempre los de su maestro Martín Vegas. Su elevada posición en la jeraquía sanitaria del país, como Jefe de la División de Lepra (más tarde denominada Dermatología Sanitaria) del entonces Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, permitió darle una unidad muy sólida y coherente al esfuerzo de consolidar y hacer avanzar la dermatología a nivel nacional. Consecuencia de esa sólida labor fue la creación del Instituto de Dermatología (hoy Instituto de Biomedicina) construido en terrenos adyacentes al Hospital Vargas.

El Dr. Convit es un hombre introvertido, no vacilaría en calificarlo de un tanto tímido, que dedicó toda su vida, con singular coherencia, al estudio y combate de la lepra y otras enfermedades contagiosas de la piel en nuestro medio (y por lo tanto consideradas como "tropicales"). Ejerció la medicina privada por muy corto tiempo, dedicándose por completo a su trabajo hospitalario, docente y de investigación, con muy modesta retribución pecuniaria. De manera lenta pero progresiva se ha ganado, en buena lid, no solo la gratitud de sus pacientes y el respeto de sus colegas, sino la admiración y el afecto de sus compatriotas, que se extiende con el paso del tiempo en el ámbito internacional, convirtiéndose así en un verdadero ícono de la medicina.

Son cien años de una vida útil que deja un ejemplo digno, cargado de enseñanzas, a las futuras generaciones de venezolanos.